

Myrtia, n° 25, 2010, pp. 187-194

AMERICA

JUAN GIL
Universidad de Sevilla *

*A Paquita, en testimonio de un
jubileo de amistad*

Resumen. En este artículo se analiza detenidamente si la abreviación de la “i” en el nombre latino de América”, debida a Hylacomylus es o no correcta, y si es preferible pronunciar Amerīca, con la “i” larga.

Summa. Qua ratione Americae nomen Latine dicendum sit, rectene eius inuentor i uocalem corripuerit an melius fecerint qui producta paenultima syllaba pronuntiauerunt, quaeritur.

Palabras clave: nombre de América, prosodia, cosmografía, M. Waldseemüller (Hylaco-mylus)

Primaria uocabula: Americae nomen, prosodia, cosmographia, M. Waldseemüller (Hylaco-mylus)

Fecha de recepción: 7 – VI – 2010.

Hace tres años se cumplió el quinto centenario del bautismo de América, a la que dio nombre un gran cartógrafo alemán, Martín Waldseemüller (Hylacomylus), en 1507. En efecto, América fue uno de los dos nombres que propuso el propio Waldseemüller para bautizar en el capítulo VII de su *Cosmographiae Introductio*¹ el continente desconocido para Europa: “la cuarta parte del orbe, a la cual, porque la descubrió Américo, cabe llamar *Amerige*, tierra de Américo [i.e., *Ameri ge*, siendo el compuesto un infortunado híbrido del francés *Aimeri* y del griego *ge*, ‘tierra’], o *América*” (*quarta orbis pars (quam quia*

* **Dirección para correspondencia:** Departamento de Filología griega y latina, Facultad de Filología, Universidad, E - 41004 Sevilla. Email: jgil@us.es.

¹ Hay una excelente edición facsimilar de la obra y del mapa en el libro *Martín Waldseemüller, Introducción a la Cosmografía y las Cuatro navegaciones de Américo Vesputio*. Traducción del latín, estudio preliminar y notas de Miguel León Portilla, México, 2007.

Americus inuenit, Amerigen (quasi Americi terra) siue Americam nuncupare licet). Waldseemüller volvió a sugerir esas dos denominaciones para el nuevo continente en el capítulo IX de su *Cosmographiae introductio*: “cuarta parte... que non veo por qué motivo razonable se haya de rechazar llamarla *Amerige*, como tierra de Américo, o *América* por Américo, su descubridor..., siendo así que tanto a Europa como a Asia les han nombre mujeres” (*quarta pars... quam non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore... Amerigen quasi Americi terram siue Americam dicendam, cum et Europa et Asia a mulieribus sua sortita sint nomina*).

Salta a la vista que la primera persona del singular sirve en este segundo texto como fórmula de reivindicar en exclusiva para sí mismo la gloria de la invención del nombre. De la misma manera Waldseemüller usó la primera persona a lo largo de toda la dedicatoria del tratadito al emperador Maximiliano; y en ella también deslindó con toda claridad su obra personal de la contribución de sus amigos: “al corregir yo, con la ayuda de algunas personas, los libros de Ptolemeo conforme al original griego, hice un mapa de todo el mundo” (*me libros Ptholomaei ad exemplar Graecum... recognoscente totius orbis typum... parauerim*), pasaje del que se desprende de manera diáfana y rotunda que el cartógrafo recibió ayuda de los académicos de Saint-Dié, tal vez mejores helenistas que él, para hacer su edición de la *Geografía* ptolemaica (que habría de salir más tarde, en 1513, de las imprentas de Estrasburgo), pero no para la confección del mapa ni para la composición de la *Introductio*.

No es de extrañar, pues, que la figura de Américo (el inventor del Nuevo Mundo) y de Ptolemeo (el maestro supremo de la Vieja Cosmografía) presidan simbólicamente el estupendo mapamundi impreso en 1507. Parece, en consecuencia, que Waldseemüller atribuyó a Amerigo Vespuce no sólo las famosas cuatro cartas impresas (traducidas del italiano al francés, y del francés al latín, como se dice en el capítulo V de la *Cosmographie introductio*), sino también las cartas marinas de los portugueses, citadas al final del capítulo IX², sobre las que el tudesco elaboró su imagen de América en el huso o cartucho IX.

En efecto, la aportación fundamental de Waldeseemüller estriba en haber incorporado los datos proporcionados por las navegaciones portuguesas a la descripción cartográfica del Nuevo Mundo. De hecho, en una leyenda puesta en el

² *Haec... dicta sufficiant si te modo ammonuerimus nos in depingendis tabulis typi generalis non omnimodo sequutos esse Ptholomaeum, praesertim circa nouas terras, ubi in cartis marinis aliter animaduertimus aequatorem constitui quam Ptholomaeus fecerit* (“Baste lo dicho con tal de advertirte que nosotros, a la hora de dibujar las tablas del mapa general, no hemos seguido al pie de la letra a Ptolomeo, en particular en lo tocante a las nuevas tierras, donde hemos visto en las cartas náuticas que se pone el ecuador de otro modo que lo hizo Ptolomeo”).

ángulo inferior derecho de su gran mapa, al hablar de las dos expediciones australes enviadas por el rey don Manuel, se cita expresamente el nombre de *Americo Vesputio*, uno ex naucleris nauiumque prefectis (“Américo Vespucio, uno de los pilotos y capitanes de las naves”), siendo de notar que esta leyenda se repite como título de las *Cuatro navegaciones* atribuidas a Amerigo Vespuche e impresas a continuación de la *Cosmographiae introductio*. El Nuevo Mundo, una figura fantasmagórica y alargada desde los 10° N hasta más de los 40° S, lleva el letrero de *tota ista provincia inventa est per mandatum regis Castelle* (“toda esta región fue descubierta por mandado del rey de Castilla”); pero un poco más abajo, a la misma altura que el topónimo *Santa Maria de Gracia*, se lee ya *America*, un nombre por el que se designa exclusivamente al Brasil.

América, en realidad, debiera haberse llamado Colombia. Pero el inventor del nombre hubiera evitado un feo solecismo de haber respetado el acento que tiene el nombre propio (esto es, *Americo*, como Federico, Roderico, etc., y no Américo) al formar el adjetivo derivado. Pero la -i- –no sé cómo– se coló ya, por desgracia, en el epigrama dedicado *lector* de Philesius (Mateo Ringmann) que sirve de introducción a la *Cosmographiae Introductio*:

*Sed quid plura? Situm gentis moresque repertae
Americi parua mole libellus habet.*

“Pero, ¿a qué decir más? El lugar y las costumbres de la gente descubierta los contiene en pocas páginas el librito de Américo”.

La larga inicial, en cambio, no choca desde el punto de vista prosódico, pues cuenta con el apoyo de ilustres antecedentes desde el griego (Ἀθάλιατος) hasta el latín (*Ītalia* frente a *Ītalus*). Únicamente conviene añadir que Jerónimo Fracastoro, con más imaginación, buscó una nueva forma (*Ammerice*) y una nueva interpretación, inventándose una ninfa epónima del continente:

*Itur ad Ammericen sylua in Cartheside Nympham,
Cultricem nemorum Ammericen, quae maxima luco
Interpres diuum responsa canebat ab alto*³.

Como era de esperar, los españoles se resistieron a aceptar el neologismo forjado por la oscura Academia de Saint Dié allá en los Vosgos. Con toda razón prefirieron hablar de las Indias: ¿no se había intitulado virrey de las Indias Cristóbal

³ *Hieronimi Fracastorii Veronensis opera omnia, in unum proxime post illius mortem collecta, quorum nomina sequens pagina indicat. Accessit index locupletissimus. Secunda editio. Venetiis, apud Iuntas, M.D.LXIII, f. 183r.*

Colón? ¿No pasaban ellos mismos a las Indias? ¿No se llamaba “indiano” al que volvía del Nuevo Mundo? El término propuesto por Waldseemüller se utilizó, aunque siempre con parsimonia, cuando se escribió en latín y en otros ambientes. Así, por ejemplo, José de Acosta no tuvo empacho en emplearlo en un libro publicado en Roma: *in hac ipsa America accepimus a testibus fide dignis, atque in his fratre quodam nostrae Societatis, occurrise iam pridem populos perquam frequentes, cum in maximo fluuio Maranione Orsua duce nauigarent noua regna quaerentes Hispani. eosque pro barbarorum modo satis cultos, quos ne salutarint quidem*⁴; pero el mismo jesuita puso a su gran obra el título de *De natura noui orbis libri duo* (Salamanca, 1588) o, más al gusto castellano, *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590). Los juristas, en cambio, siempre anclados en la tradición, no dejaron de usar la denominación tradicional: *De Indis nuper inuentis* fue el título de un tratado de Juan López de Palacios Rubios, *De Indiarum iure* se llamó todavía la obra de Juan de Solórzano Pereira (Madrid, 1629), mientras que entre los historiadores prevaleció la designación vespuchiana: así lo demuestran las *Decades de orbe nouo* de Pedro Mártir de Angleria o el *De orbe nouo* de Juan Ginés de Sepúlveda.

El nombre *Āmēřica* se impuso con el tiempo gracias al prestigio del latín y de la cartografía; era, además, más corto y más claro que las demás denominaciones⁵. En el mapa impreso en 1509 sólo aparece en el hemisferio S. el *Niūw Welt* de Amerigo

⁴ *De temporibus nouissimis libri quatuor*, Roma, 1590, I 17 (p. 31).

⁵ Así, por ejemplo, donde Pedro Mártir de Angleria había usado la expresión *Nouus orbis*, Guillermo Postel empleó *America*: “Certe in America cuilibet aut obeunti aut grauissimo morbo laboranti sine uicaria opera, tetra daemonis effigies adest, etiam multo eiusdem generis satellitio stipata ... ipsi insularum occidentalium Cubae, Pariae et totius continentis incolae quosdam daemones esse alijs praestantiores omnes fatentur. Scribit Petrus Martyr, uir minime superstitiosus, caeterum singulari in noui orbis descriptione tradenda fide” (*De orbis terrae concordia Libri quattuor, multiuga eruditione ac pietate referti, quibus nihil hoc tam perturbato rerum statu uel utilius uel accomodatius potuisse in publicum edi quiuis aequus lector iudicabit, Gulielmo Postello Barentonio Mathematicum in Academia Lutetiana professore regio authore*, Basilea, 1544, p. 350). Y ya antes en otro opúsculo: “Tota Asia a nostris litoribus per antipodes usque ad illam partem quae in occidua nostri hemisphaerii parte est, hac utitur. Quos enim primos hominum sua nauigatione orbem totum ab occidente per antipodes in ortum lustrando Magellanus ultra Americam reperit in maioribus Moluccarum insulis, illi nugas Muhamedis obseruant. Ad Taschaltical et Curustical ac Temistitan, quamuis praecipua pars Idolatrae sunt, haec pestis peruenit” (*Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum, introductio ac legendi modus longe facilimus (sic) Prostant Parisiis apud Dionysium Lescuier, sub porcelli signo uico Hilario, e regione diui Hilarii, Excudebat P. Vidouaeus Vernoliensis, Typis ac characteribus suis Mense Martio, Anno a partu Virgineo 1538 ad calculum Romanum, p. 17*).

Vespuche; pero en el capítulo cuarto de la obra, donde se expone una doctrina muy antigua (la idea de que la tierra, un macrocosmo, corresponde al microcosmo), se dice:

*a quibusdam doctoribus comparatur corpori humano, quoniam in ea omnia reperiuntur que sunt in corpore nostro. Primum caro est ipsa terra, sanguis aqua, ossa sunt lapides, vene montes, caput ipsum est Oriens siue Asya, pedes Occidens et ipsa America nouiter reperta, quarta orbis pars, Africa est brachium dextrum et Europa terra nostra sinistrum figurat brachium*⁶.

America, como tierra descubierta por Américo, entró por derecho propio en las obras cosmográficas de Johann Schoener, y eso desde el tratado primerizo de 1515: *America siue Amerigen nouus mundus et quarta orbis pars, dicta ab eius inuentore Americo Vesputio uiro sagacis ingenii, qui eam reperit anno domini 1497*.⁷ En el viaje de Alejandro Geraldini, el primer obispo de Santo Domingo, si la doctrina no es apócrifa, se siguió dando al término geográfico el carácter restrictivo que tuvo originariamente: *insula illa quae Europa et Asia est maior, quam indocti continentem Asiae appellant et alii Americam uel Pariam nuncupant*⁸.

Muy pronto algún hombre cosmopolita y buen latino se dio cuenta del desliz cometido por Waldseemüller y Philesius e introdujo en el verso una nueva escansión: *América*. Esta medida, más correcta, se encuentra ya en uno de los

⁶ *Globus mundi. Declaratio siue descriptio mundi et totius orbis terrarum, globulo rotundo comparati ut spera solida. Qua cuiuis etim mediocriter docto ad oculum uidere licet antipodes esse, quorum pedes nostris oppositi sunt. Et qualiter in unaquaque orbis parte homines uitam agere queunt salutarem, sole singula terre loca illustrante, quae tamen terra in uacuo aere pendere uidetur, solo Dei nutu sustentata, aliisque permultis de quarta orbis terrarum parte nuper ab Americo reperta... ex Argentina ultima Augusti anno post natum Saluatorem M.D.ix. Ioannes Grüniger imprimebat, Adelpho castigatore.* Según F.A. de Varnhagen, "Jo. Schöner e P. Apianus (Benewitz): Influencia de um e outro e dos varios de seus contemporaneos na adopção do nome America; e dos primeiros globos e primeiros mappas-mundi com este nome, etc.", *Revista trimensal do Instituto Historico Geographico e Ethnographico do Brasil*, 35.2 (1872) 171-202, su autor es Pedro Apiano, quien habría sido, siguiendo a Waldseemüller, quien difundió el nombre de América (p. 195).

⁷ *Luculentissima quaedam terrae totius descriptio cum multis utilissimis Cosmographiae iniciis nouaque et quam ante fuit uerior Europae nostrae formatio. Praeterea fluuiorum, montium, prouintiarum, urbium et gentium quam plurimorum uetustissima nomina recentioribus admixta uocabulis. Multa etiam quae diligens lector noua usuique futura inueniet. Impressum Norimbergae in excussoria officina Ioannis Stuchffen. Anno domini. 1515, f. 60r.*

⁸ *Itinerarium ad regiones sub aequinoctiali plaga constitutas Alexandri Geraldini Amerini, episcopi ciuitatis S. Dominici apud Indos Occidentales*, Editado por su tercer nieto (*abnepos*) Onofre Geraldini de Catenaccis, Roma, 1631, p. 258.

dísticos compuestos con motivo de la entrada pública en Lima del nuevo virrey, don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete (hijo de otro virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, fallecido en Lima el 14 de setiembre de 1560 y enterrado en la catedral de aquella ciudad). En efecto, a la llegada del mandatario en enero de 1590 se erigió un arco triunfal en el que se representaba la ciudad de Los Reyes en ruinas, destruida por el terremoto de 1586⁹; en un letrero el padre, don Andrés, se dirigía a su hijo don García con este dístico:

*Nunc magis aduentu reuocas me, nate, sepulcro
Regia quam lacrimis flens America suis.*

“Ahora con tu llegada, hijo, me levantas del sepulcro mejor que con el lloro de sus lágrimas la real America [la ciudad de Los Reyes]”.

Esta acentuación correcta fue la usada por los grandes poetas virreinales. Es la única escansión que aparece, por ejemplo, en toda la obra del jesuita guatemalteco Rafael Landívar (m. 1793), el dulce e infatigable cantor de la naturaleza mexicana¹⁰: *Abditur extremis Americae pagus in oris* (p. 77); *His opulenta jugis omnes America fodinas* (p. 117); *Innumeras quondam syluis America uolantes* (p. 241); *Immensas America potens diffusa per oras* (p. 307).

Otra medida más, *América*, se registra en un poemita puesto bajo la autoría de Álgar Gómez de Ciudad Real (*De mira noui orbis detectione*) y que, por el uso de este nombre entre otras razones, atribuí a Gonzalo Navarro¹¹: *Sic Dominumque Deumque agnouit America Christum* (v. 176).

Precisamente por su rareza en castellano escogió ese término –y encima como adjetivo, un latinismo más¹²– un poeta como Góngora, que se imagina al pescador anciano puesto en un escollo,

⁹ G. Lohmann Villena, “Huellas renacentistas en la literatura peruana del siglo XVI”, en T. Hampe (comp.), *La tradición clásica en el Perú virreinal*, Lima, 1999, p. 125.

¹⁰ *Rusticatio mexicana*, texto latino con traducción de Ignacio Loureda, México, 1924.

¹¹ Cf. mi artículo “La épica latina quiñentista y el descubrimiento de América”, *Anuario de Estudios Americanos*, 40 (1983) 226-27.

¹² De *regiones Americas* había hablado Juan Bodin en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, París, 1572, p. 462 (citado por P. Schmidt, “Emperador de las Indias”. América en el mapa mental de la Corte española del siglo XVI” en A. Mayer (ed.), *América en la Cartografía. A 500 años del mapa de Martín Waldseemüller*, México, 2010, p. 115). Bernabé Cobo utilizó varias veces el adjetivo *americanos*, bien como ‘habitantes de América’, bien como ‘americanos’ (los de este autor son los únicos ejemplos que cita el CORDE).

De donde ese theatro de fortuna
 Descubro, ese voraz, ese profundo
 Campo ia de sepulchros, que, sediento,
 Quanto en vasos de abeto Nueuo Mundo,
 Tributos digo Américos, se beve,
 En túmulos de espuma paga breve¹³.

Ocurre pensar que tal vez Góngora acentuara no *Américos*, como se suele imprimir, sino *Americos*, a la nueva moda latinizante; y puede aducirse, en apoyo de esta acentuación, que a lo largo de la tirada en cuestión no se registran esdrújulos en esa posición de verso. Ahora bien, a veces el poeta quiso imitar en sus *Soledades* el ritmo del endecasílabo alcaico, haciendo coincidir con la sexta sílaba una palabra proparoxítona, preferiblemente un préstamo del latín o del griego. De esta estructura tónica (–'----'----) ofrece su obra claros ejemplos, como los siguientes:

Frustrados, tanta *náutica* doctrina (1. 454).
 Obliquos nuevos, *pénsiles* jardines,
 De tantos como *uíolas* jazmines (1.720-21)¹⁴.
 Ponían de *chrisólitos* lucientes (2.680).
 Que espejos, aunque *esféricos*, fieles (2.704).
 De cuantos ciñen *Líbico* turbante (2.763).
 La inuidia tuia, *Dédalo*, aue ahora (2.789).
 Appella entre los *Trópicos* grifaños (2.919).

Variaciones de este esquema son:

Quando a nuestros *antípodas* la Aurora (1. 636).
 Montes de agua y *piélagos* de montes (1.44).
 Si tradición *appócrifha* no miente (1.74).
 Los annales diáfanos del viento (2.143).
 Iaspes calça y *pórfidos* vestida (2.671).
 Les responden, la *eclíptica* ascediendo (2.734).
 Ia inuidia tuia, *Dédalo*, aue agora,
 Cuio pie Tyria *púrpura* colora (2.789-90).
 Alas desplegó *Ascálapo* prolixas (2.887).
 Corredor el *diáphano* elemento (2.928).

¹³ *Soledades*, 2.401ss.; 2.101.

¹⁴ Pero *violas* en *Soledades*, 2.70.

Por tanto, no se puede determinar a ciencia cierta cuál fue el acento elegido por Góngora en el caso del adjetivo que nos ocupa, si *Américos* o *Americos*. Hay argumentos a favor y en contra del tono paroxítono. Pero a favor de este último milita otro endecasílabo del propio Góngora en las *Nenias en la muerte del señor rei D. Phelipe III*:

desatada la América sus venas (v. 35).

Nadie pudo imaginar que, corriendo los siglos, el nombre de América iba a ser reclamado en exclusiva por una nación del Nuevo Mundo; pero éstos son los privilegios del imperio: que hace lo que quiere.